

ESBOZO DEL SER

La lectura como fuerza transformadora

Lo humano, ese discurso ondeante e impredecible, tiende muchas veces a constituirse en un gran cofre de donde escapan expresiones maravillosas. Una de ellas ondea como bandera ufana fuertemente sobre las dimensiones establecidas por el hombre, permitiendo la formación de sociedades y civilizaciones. El orden de lo simbólico, en el que florece con naturalidad la necesidad de reconocerse y de que el *otro* me reconozca, hace de esta preciosa invención humana un heraldo imprescindible para la contienda de los seres.

El milagro del lenguaje, esa poderosa fuerza que mueve al hombre, cobija con su manto las diversas expresiones que se desprenden como frescas ramas, como horizontes autónomos que en un punto establecido se encuentran para forjar lo que actualmente llamamos competencias comunicativas. Precisamente una de ellas es la que nos congrega en esta ocasión para examinar la grandeza que lleva dentro este ejercicio que acompaña al hombre desde hace miles de años: La lectura.

Son muchos los comentarios, las definiciones y los conceptos que giran en la orbita de la lectura; diversos son los seminarios, los congresos y las conferencias que se dictan, tratando de encontrar las estrategias que consigan atraer más adeptos y así engrosar las filas de lectores a nivel mundial. Lo cierto es que el ejercicio de la lectura suele encerrar en sí un sinnúmero de pormenores que a la larga resulta pertinente traer a colación. Para ello es imprescindible recorrer las diversas perspectivas que se mantienen en continuo movimiento sobre este circuito que se expande cada vez más según su estudio y el grado de profundidad con el que se aborde.

Para iniciar podríamos retomar las palabras del pedagogo español Artur Nogueroles quien plantea que “la lectura se produce en una situación social de aprendizaje. No se trata simplemente de captar información- dice- sino que el objetivo central es la construcción del conocimiento; es decir, reelaborar y reestructurar la información para que sea realmente interiorizada y significativa” (Nogueroles 2003). Estas palabras acusan un mal de nuestra época: la ligereza; y por tanto no resulta inapropiado decir que leer no es pasearse libremente por las frases, las oraciones y las palabras sin ninguna preocupación por saber hacia dónde ellas nos pueden llevar; leer conlleva una profundidad mayor en la que el lector se sumerge dejando atrás las banalidades del mundo.

Los programas de lectura rápida, los resúmenes de obras en los que el texto original queda completamente mutilado y falto de sentido, la basura existente en Internet son algunos ejemplos de esta tendencia *light* en la que naufraga el mundo actual. La búsqueda de información que a veces se precipita como aluviones no deja más que inundaciones mentales en las que el proceso de reflexión sucumbe por completo. Los aportes que se pueden construir a partir de lo leído quedan en el limbo, flotan perdidos en búsqueda del olvido perpetuo.

Esta levedad en la que habita el ser humano lo ha llevado a constituirse, como dijo Heidegger, en una criatura que teme al pensamiento. Y esa necesidad de sentirse ocupado para evadir el momento en el que se encuentra cara a cara consigo mismo lo conduce a divagar de manera absurda en un mundo alterno carente de sentido. Esta reflexión filosófica envuelve de cierto modo el oficio de la lectura. “En el proceso lector –dice Smith- lo que nos llega a través de la vista se complementa con lo que hay detrás de la vista. Es decir, leer es pensar” (Smith 1983). Y en efecto, esta labor de reflexionar lo leído, de leer e interpretar el mundo es lo que se ha ido perdiendo con el pasar de los años. Los colegios están infestados de niños y adolescentes que sienten una aversión profunda por la lectura, que en muchos casos es comprensible.

Así como la literatura puede aportar para cambiar estructuras mentales, las cuales, por su parte, desembocarían en nuevas actitudes y nuevas formas de convivencia, su enseñanza es pieza clave en este acertijo que la educación actual nos lanza. Por ello es pertinente trazar la línea de división entre la lectura voluntaria y la lectura obligatoria. ¡Debes leer!, ¡Tienes que leer!, ¡Leer es tu obligación!, ¡Lee! ; son órdenes que tienen por lo general un solo efecto: la resistencia activa o pasiva. La causa de esta reacción obstinada reside, muy probablemente, en el hecho de que la obligatoriedad suspende o completa parcialmente los derechos fundamentales de los lectores, formulados igualmente por Pennac: el derecho a no leer; el derecho a saltarse páginas; el derecho a no terminar el libro; el derecho a releer; el derecho a leer cualquier cosa; el derecho a leer en cualquier parte; el derecho a picotear; el derecho a leer en voz alta y el derecho a callarnos.

Sin embargo a esta lista hay que sumar el derecho fundamental, el más interesante de la propuesta de Pennac: el derecho al *bovarismo*, es decir la satisfacción inmediata y exclusiva de nuestras sensaciones; el sufrir con, el llorar sobre, el excitarse a través de, el querer imitar a, y cuantas otras reacciones existan que no pasan primero por la reflexión estética, ética o racional. Por supuesto el caso de bovarismo se desprende de una lectura voluntaria donde el régimen de una lectura obligatoria pierde poderío. Evita precisamente ese discurso imperativo donde las órdenes y los mandatos sepultan por completo las diversas alternativas que puedan surgir para tratar el asunto de la lectura de una manera más óptima.

Cuando logremos escapar por completo de esa tediosa forma de abordar los textos encontraremos que nuestras lecturas poseen gran validez en el sentido que aportan contribuciones importantes para la sociedad. “Lo que aprendamos, lo que nos llama la atención, lo que nos reta en un texto literario lo convertimos en un proceso de reflexión, en un diálogo crítico con la cultura y en la experiencia de libertad” (Poppel, 2004) Sin embargo, para llegar a contemplar el panorama exterior en el que la lectura y los textos literarios se establecen en pilares de la cultura, es preciso dar un vistazo al interior del lector y a lo que tiene lugar dentro de sí cuando este se encuentra ante un texto.

Una vez leído un texto se instala en nuestro cerebro y nosotros no somos capaces de sacarlo de ahí. En los momentos más inesperados –por lo general

no en los momentos en que lo necesitaríamos-, este texto, una vez leído, vuelve, nos asalta, nos inquieta, regresa de un rincón de nuestra cabeza y nos informa: aquí estoy. Distinto, transformado, mutilado, tergiversado, casi irreconocible, pero, en última instancia, aquí estoy. De esta manera, pensar la lectura como formación implica pensarla como una actividad que tiene que ver con la subjetividad del lector: no solo con lo que el lector sabe sino con lo que es. “Se trata de pensar en la lectura como en algo que nos forma, como en algo que nos constituye o nos pone en cuestión en aquello que somos. La lectura, por tanto, no es sólo un pasatiempo, un mecanismo de evasión del mundo real y del yo real. Y no se reduce a un medio para adquirir conocimiento. Más bien cabría pensar la lectura como esa misteriosa actividad que se relaciona directamente con aquello que nos hace ser lo que somos” (Larrosa, 2006)

Por ello, para que la lectura se resuelva (se convierta) en formación es necesario que haya una relación íntima entre el texto y la subjetividad. Esto supondría cancelar la frontera existente entre lo que sabemos y lo que somos; entre lo que pasa (y que podemos conocer) y lo que nos pasa (como algo a lo que debemos atribuir un sentido con relación a nosotros mismos). En la formación como lectura lo importante no es el texto sino la relación con el texto. Y esa relación tiene algo esencial: que no sea de apropiación sino de escucha. Lo que se busca es evitar el florecimiento de lectores autoritarios e imponentes que busquen en cada experiencia con la lectura devorar y destruir el texto desde su óptica omnipotente. Más bien, se busca un auge de la *escucha* donde el lector este dispuesto a oír lo que no sabe, lo que no quiere, lo que no necesita. Donde esté dispuesto a dejarse tumbar y arrastrar por lo que le sale al encuentro, a transformarse en una dirección desconocida.

La lectura de un texto es una interacción entre el sujeto lector y el texto, como mediador del encuentro del lector con el autor del texto. Es una composición entre el lector y el autor en la que el lector, esforzándose con lealtad en el sentido de no traicionar el espíritu del autor, “reescribe” el texto (Freire¹). Una experiencia dialógica, en la que la discusión del texto realizada por sujetos lectores aclara, ilumina y crea la comprensión grupal de lo leído; es decir, es un pequeño universo desde el cual se empieza a construir la cultura de una sociedad. “La lectura en grupo hace emerger diferentes puntos de vista, que exponiéndose los unos a los otros, enriquecen la producción de la inteligencia del texto” (Freire 1998)

De esta manera, es el lector quien da el sentido al texto, interrelacionando los distintos índices que percibe en él y los conocimientos previos que le guían en el proceso. Como apunta Fernando Vásquez en su texto sobre *lectura y abducción*, es precisamente el lector quien en su recorrido por los senderos del texto se encarga de recoger los vestigios que el autor va dejando tras las palabras. “Leer es ir recorriendo o reconstruyendo la escena del crimen, la escena del sentido” (Vásquez, 2000), por tanto, la lectura no es más que un proceso de abducción, un trabajo de indicios y de hipótesis progresivas que

¹ Paulo Freire en "Cartas a quien pretende enseñar". Siglo XXI Editores. Décima edición en español. Pág. 28-42 (Nota del editor)

apuesten a la búsqueda de un “*sentido posible*”. Todo lector en el proceso de la lectura construye una representación del texto que se produce a partir de los datos de sus conocimientos previos y los datos que aporta la estructura del texto.

Toda esta filigrana de conceptos y apreciaciones que se teje alrededor del discurso de la lectura nos conlleva a concluir en que no sería razonable esperar una ciencia de la lectura que se establezca como centro irrevocable. Esta gran fragata que circunda el gran océano de la comunicación está siempre atenta de los diversos comentarios que navegan en estas aguas y que buscan, de una u otra forma, enriquecer el tesoro que lleva a bordo. Por ello más bien deberíamos contemplar la lectura como esa energía, esa lumbre que ilumina los senderos del hombre en la búsqueda de sí y en el hallazgo de los demás seres que comparten consigo esta aldea. Como ese viaje maravilloso que nos invita por un momento a seguir las huellas sobre el texto y a construir nuestra propia percepción del mundo.

FRANKLIN JHONATAN BARRETO O.

Bibliografía

Noguerol, Artur. *Leer para pensar, pensar para leer: la lectura como instrumento para el aprendizaje en el siglo XXI*, en: *Revista Lenguaje* No. 31 Mayo 2003, p. 36-58.

Smith, F. *Comprensión de la lectura. Análisis psicolingüístico de la lectura y su aprendizaje*. México. Ed. Trillas. 1998.

Poppel, Hubert. *¿Enseñar Literatura?* en *Literatura y educación, la literatura como instrumento pedagógico*. Comfama, Medellín, 2004.

Larrosa, Jorge. *Sobre la experiencia*, en *Educación y Pedagogía*, vol. 18 #46, Separata 2006.

Freire, Paulo. *Cartas a quien pretende enseñar*. Fondo de Cultura Económico, México. 1998.

Vásquez Rodríguez, Fernando. *El oficio del maestro*. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. 2006.

Pennac, Daniel. *Como una novela*. Norma. Bogotá. 1997.